

ESPACIO DESHABITADO

JERRY OLTION



La mañana siguiente al funeral de Neil Armstrong, un cohete fantasma del Saturno V despegaba desde Cabo Cañaveral. Sacude la tierra y ruga con la furia que produce un lanzamiento real, envía telemetría en su trayectoria hacia la Luna y se detiene en el punto en el que un humano tendría que tomar el control de la nave para poder aterrizar. La NASA se sorprende al ver que esta experiencia fantasma se repite mes a mes. Cuando la humanidad pierde interés, el cohete se vuelve casi invisible. Cuando prestamos atención, esta novela extendida de la novela corta ganadora del Premio Nébula, nos muestra que la realidad es lo que nosotros hacemos de ella. En un campo que premia la imaginación, Jerry Oltion es uno de los exploradores de nuevas ideas más entusiasta e intenso. David Brin Además de contar con unos sólidos cimientos de conocimiento y sensatez, las historias de Jerry Oltion brillan con imaginación, inteligencia y brío. No solo son divertidas, también vale la pena leerlas. Poul Anderson. Una historia de Jerry Oltion garantiza una narración absorbente y compasiva, así como conocimientos sobre las cosas desconocidas del universo. Sus personajes, al igual que el propio Jerry, comprenden la necesidad de aventura y reto. Greg Bear.

ESPACIO DESHABITADO

Jerry Oltion

PRIMERA PARTE
«ABANDONADO»

1

Seis horas después de que Deke Slayton, el astronauta, falleciese de cáncer, su avión de carreras despegó del aeropuerto de California y nunca descendió. El piloto no respondió a la torre de control y el avión se desvaneció del radar poco después del despegue, pero los testigos identificaron claramente aquel avión como el avión de Slayton. Aquello era imposible, pues al mismo tiempo ese avión se encontraba en un museo de Nevada.

La historia recorrió Cabo Cañaveral. Los ingenieros, administrativos y astronautas se contaron la historia unos a otros como si fueran *boy scouts* contando historias de miedo alrededor de una hoguera. Pese a eso, nadie se la tomó en serio. Era demasiado fácil confundir un avión con otro y todo el mundo sabía lo rápido que se extendían los rumores. Habían escuchado cientos de ellos en los últimos años; desde el chico que decía que el Corvette de Grissom lo había atropellado tras el incendio del *Apolo 1*, al australiano que había encontrado un trozo del traje de astronauta de Yuri Gagarin entre los escombros que cayeron sobre el campo cuando el *Skylab* se estrelló. Esto solo era una extraña historia más que añadir al folclore de la era *Apolo*, una era que por sí sola se estaba convirtiendo en una leyenda.

Entonces, Neil Armstrong murió y el *Saturno V* despegó desde la plataforma de lanzamiento 34.

* * *

Rick Spencer estaba allí la mañana que sucedió. Acababa de llegar con su T-38 desde Arlington, salió de allí tan pronto como había terminado el funeral y durmió unas pocas horas al llegar al Cabo. Luego condujo al complejo espacial antes del amanecer para ver cómo la tripulación de tierra cargaba un satélite de comunicaciones en el *Atlantis*. El desgarrado matrimonio entre el avión y el cohete en la plataforma de lanzamiento 39 A sería su billete para orbitar una semana más, si es que alguna vez conseguían levantar la maldita cosa del suelo. Entonces uno de los técnicos se olvidó de realizar uno de los pasos que tenía marcados en su lista de control y todo el procedimiento se cerró mientras el capataz trataba de decidir si debía retroceder y comprobar el trabajo o tomarse al pie de la letra su palabra cuando había dicho que ya estaba todo hecho. Rick se estaba cansando de esperar a que alguien tomase una decisión, así que salió de la zona de carga para respirar algo de aire fresco.

El sol empezaba a asomarse por el horizonte. La pasarela de alambre a sus pies y la red de vigas de acero que lo rodeaban brillaban en un tono rojizo dorado. La grúa que había sobre su cabeza parecía el largo y esbelto cuello de un dragón, cuya cabeza se inclinaba curiosa sobre el gigante orbitador alado que permanecía inmóvil y cubierto de gotas de rocío bajo su atenta mirada. El suelo, a unos doscientos pies^[1], todavía estaba oscuro. La luz del sol aún no lo había alcanzado y no lo haría hasta pasados unos minutos. El océano también estaba oscuro, excepto la zona cercana al horizonte, en la que ya se reflejaba el brillo del creciente sol.

Desde la pasarela, Rick observó una serie de plataformas de lanzamiento alineadas al sur; la parte superior de sus torres de lanzamiento también reflejaban la luz. No ocurría igual en las plataformas 34 y 37. Esas dos plataformas

habían sido desmanteladas tras el programa *Apolo* y ahora todo lo que quedaba allí eran los búnkeres de cemento y los reflectores, que no podían quitarse y languidecían a la sombra del temprano amanecer. «Como todo el programa espacial», pensó Rick. A Neil le habían dado el entierro de un héroe y el discurso del presidente estuvo lleno de promesas de renovación del apoyo para la exploración humana del espacio, pero todos sabían que aquello no era más que humo. Lo único que América tenía era una anticuada flota de transbordadores espaciales, y eso era todo cuanto se preveía iban a tener en un futuro cercano. Incluso aunque la NASA lograra salir del estupor burocrático en el que había caído y propusiera un nuevo programa, el Congreso nunca daría un presupuesto para todo ese soporte físico necesario.

Rick apartó la mirada, pero un atisbo de que había algo en movimiento atrajo su atención hacia la plataforma 34, donde unas brillantes luces iluminaban en ese momento un cohete blanco y a su anaranjada torre de soporte. Rick parpadeó, pero la visión no desapareció. Se acercó más a la barandilla y observó con los ojos entrecerrados. ¿De dónde había salido eso? La mitad de aquello se elevó, Rick miró desde el borde de la torre de lanzamiento del *Atlantis* e hizo una conjetura basada en su propia estatura. El cohete debía de medir unos trescientos pies^[2].

Trescientos sesenta y tres, para ser exactos. Rick no podía medirlo al milímetro, tampoco le hacía falta. Reconoció las rayas negras del *Saturno V* al instante. Eso, sin contar que sabía sus estadísticas de memoria. Las había memorizado siendo tan solo un crío, sentado frente a la tele en blanco y negro de la casa de sus padres mientras esperaba a los despegues. Medía trescientos sesenta y tres pies de alto, pesaba unas tres mil toneladas cuando llevaba lleno el depósito y los cinco motores F-1 producían siete millones y medio de libras de propulsión; era el cohete más grande que jamás se construyó.

Y también hacía unos treinta años que había volado por última vez. Rick cerró los ojos y los frotó con la mano izquierda. Evidentemente, la muerte de Neil lo había afectado más de lo que pensaba. Pero cuando volvió su vista al sur de nuevo, siguió viendo la blanca punta que brillaba envuelta en niebla ante la deslumbrante luz mientras el oxígeno líquido de los tanques helaba el aire que rodeaba al cohete.

Rick estaba solo en la torre de lanzamiento. Todos los demás estaban dentro, discutiendo acerca del proceso de introducción de la carga. Se le pasó por la cabeza la posibilidad de entrar y decirle a alguien que saliera y le dijera si estaba loco o no, pero pronto desterró ese pensamiento. En una semana sería su primer vuelo, no era el momento de confesar que tenía alucinaciones.

La cuestión era que parecía real. Rick vio cómo la luz del sol subía por el costado del *Saturno V*, deslizándose por los tramos del cohete hasta que alcanzó el largo cilindro del armazón principal. El espectáculo era totalmente silencioso. El único sonido que le llegaba procedía de una zona más cercana: los chirridos y crujidos de la torre de lanzamiento que se expandía al calor de la luz del sol.

Entonces, sin previo aviso, una nube de humo blanco y rojizo irrumpió desde la base del cohete. El agudo brillo del RP-1 y la llama de oxígeno iluminaron la nube desde dentro y un chorro de gases de escape salió por los lados de los deflectores.

Rick sintió que la torre de lanzamiento vibraba a sus pies, pero no escuchó ni un solo sonido. Los gases de escape llegaron hasta la parte superior, como la nube de humo que hay tras una explosión atómica, y el cohete empezó a elevarse lentamente. Una llama blanca y brillante llenó toda la plataforma de lanzamiento mientras el cohete secundario rugía, consumiendo miles de galones de combustible por segundo, hasta que se elevó en el aire. Diez segundos después del despegue, el sólido haz de luz creció por los bor-

des y rozó el suelo. Finalmente el cohete se elevó completamente en el aire.

La pasarela donde Rick estaba se sacudió. Trató de agarrarse a algo cuando el sonido lo alcanzó: un rugido que lo hizo caerse sobre la barandilla mientras se tapaba los oídos. La torre de lanzamiento tembló como si fuera un rascacielos en un terremoto y Rick cayó al suelo de rodillas. No trató de levantarse otra vez, simplemente levantó la cabeza y miró asombrado al *Saturno V* mientras se alejaba.

Después observó cómo el cohete se arqueaba y empezaba a coger velocidad orbital una vez que atravesó la mayor parte de la atmósfera.

Se abrió una puerta detrás de él y una oleada de técnicos vestidos de blanco salió. Los primeros se detuvieron al ver los gases de escape por el cielo y el resto se apiló tras ellos, empujándolos hasta que ocuparon toda la zona. Molly, la capataz, ayudó a Rick a levantarse, se acercó a su oreja para que pudiera escucharla a pesar del sonido del cohete y el murmullo de voces y dijo:

—¿Qué demonios ha sido eso?

Rick negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Se supone que hoy no debería haber ningún lanzamiento —dijo ella.

Rick miró al cohete que se dirigía hacia el sol.

—Algo me dice que Control está tan sorprendido como nosotros. —Señaló hacia la base del sistema de gases de escape, donde la nube de humo se había esparcido lo suficiente como para que se viera la torre de lanzamiento de nuevo.

—¿Qué? —preguntó Molly mientras forzaba la vista para ver a través del humeante vapor. Entonces se percató de hacia dónde estaba señalando—. ¿No es esa la plataforma 34?

Molly y la tripulación entraron a regañadientes en el área de carga para ver si la sacudida había dañado su saté-

lite, pero Rick, que tenía tiempo libre, bajó con el ascensor, subió a su furgoneta y se unió a la línea de coches que se dirigían hacia el lugar del lanzamiento.

Las encinas y palmeras que se alineaban junto a la carretera de servicio impedían ver la plataforma de lanzamiento hasta que uno casi estaba en ella. Rick pensó que debería haber sido capaz de ver la torre de lanzamiento de cuatrocientos pies al menos de lejos, pero al llegar a la plataforma se percató del motivo por el cual no había sido así. Se esfumó tan misteriosamente como había llegado, sin dejar rastro.

Rick condujo desde la plataforma de aparcamiento hecha de hormigón hasta la base del viejo pedestal de la plataforma de lanzamiento. Parecía un enorme escabel de cemento: cuatro piernas desproporcionadamente bajas sujetando una plataforma de un ancho de diez pies a una elevación de cuarenta pies con un agujero de treinta pies de ancho en la plataforma para que los gases de escape lo atravesaran. Al lado estaba el establecimiento y la gruesa pared que protegía de las ondas al edificio que una vez albergó el equipamiento y las bombas de propulsión. Ahora ambas estructuras se veían viejas y desgastadas. Sus laterales estaban llenas de óxido y este llegaba hasta el suelo de cemento, la pintura se estaba deteriorando donde ponía: ESPACIO DESHABITADO.

La mala hierba crecía, verde y vigorosa, junto a la plataforma de estacionamiento. Rick empezaba a dudar de lo que vio, pues estaba claro que no había despegado nada en aquella plataforma desde hacía al menos una década.

Pero había vientos de altas latitudes que iban de derecha a izquierda, y cuando Rick abrió la puerta y salió al exterior pudo detectar el inconfundible aroma de la mezcla del humo y vapor del RP-1 y del cemento abrasado que siempre se podía oler tras un lanzamiento.

Se escucharon los portazos de otras personas que salían de sus coches. Ya había docenas de personas allí y empeza-

ron a llegar más cada minuto. Extrañamente, lo que debería de haber sido una masa escandalosa de gente era en realidad un entorno totalmente silencioso. Nadie quería admitir lo que vio, especialmente ahora que veían que la realidad era tan contradictoria.

Rick reconoció entre todas aquellas personas a Tessa McCain, una astronauta experimentada con quién había tenido algunas citas en el último par de meses. Estaba saliendo de una furgoneta blanca junto a media docena de personas. Cuando ella lo vio, corrió hacia él, cruzando la plataforma de cemento de lado a lado.

—¿Lo has visto? —preguntó. Tenía la cara iluminada de la ilusión.

—Sí —dijo Rick—, estaba en la torre de lanzamiento treinta y nueve.

Ella levantó la mirada y observó la zona. Su melena rubia y lisa le llegaba hasta los hombros.

—Vaya. Allí sí debes de haber tenido una vista estupenda. Yo noté que la tierra vibraba, pero cuando salí afuera ya estaba bastante arriba. —Volvió a mirarlo—. ¿Era el *Saturno V*, verdad?

—Eso parecía —admitió.

—Dios, esto es increíble. —Se dio la vuelta y echó un vistazo a toda la plataforma de lanzamiento—. ¡Un cohete lunar! No esperaba volver a ver algo así nunca más.

—Yo tampoco —asintió Rick. Luchó para encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que estaba pensando—. ¿Pero cómo hemos podido ver algo? Aquí no hay torre de lanzamiento, no hay tanques de combustible, no hay nada. Y el pedestal de lanzamiento es demasiado pequeño para un *Saturno V* con los tanques llenos. Este complejo era para *S-1 Bs*.

Ella sonrió como si fuera un niño el día de Navidad.

—Estoy segura de que quien fuera o lo que fuera que ha ejecutado esta pequeña demostración ha tenido todo el

soporte físico que ha necesitado y lo ha quitado al terminar con él.

Rick negó con la cabeza.

—Pero eso es imposible.

Tessa rio.

—Todos lo vimos. —Señaló hacia arriba y de repente abrió mucho los ojos.

—¿Qué? —preguntó Rick.

Ella recorrió con la mirada las agitadas hojas de las palmeras y la detuvo en el edificio de cinco plantas y el centro de control de lanzamiento.

—Me pregunto si estará enviando telemetría...

2

Llevó un rato descubrirlo. Nadie recordaba las frecuencias en las que la nave *Apolo* transmitía ni los protocolos de datos que utilizaba. Los controladores tuvieron que hurgar en todos los manuales para descubrirlo. Y aún llevó más tiempo poner en marcha los receptores para aceptar las señales, pero cuando los técnicos lograron encontrar todas las frecuencias correctas se dieron cuenta de que sí había un flujo constante de información. No podían descodificar la mayor parte de la información, puesto que el *software* que debía hacer eso se utilizaba en el antiguo sistema informático RCA. Aunque al menos así pudieron afirmar que el cohe- te no se había desvanecido junto a sus estructuras de soporte de tierra.

Rick y Tessa estaban en el centro de control de despe- gues, observando los monitores mientras los programadores del edificio central de información trataban frenéticamente de adaptar los viejos programas a las nuevas máquinas. Lo que veían era en su mayor parte series de números, pero de vez en cuando alguno de los programadores conseguía insertar alguna sección del código traducida y en la pantalla aparecía un nuevo dato. Ya habían descifrado la temperatura y la presión de la cabina, el nivel de carburante de los tanques de primera fase y algunos otros datos de sistemas más sencillos.

Llegados a este punto, si se tratase de un vuelo normal, todo el proyecto pertenecería a la Misión de Control de Houston, pero no había nada normal en ese lanzamiento.

Cuando el director de vuelos de Houston se enteró de lo que el equipo de Kennedy estaba haciendo no quiso tener nada que ver. Pretendía mantener su cuello bien a salvo cuando se empezaran a cortar cabezas una vez que la locura terminase.

Pero la nave se negaba a desaparecer. El radar la siguió durante una órbita completa y parte de otra cuando su altitud y velocidad empezaron a aumentar. Al mismo tiempo, los nieles de carburante de los tanques de tercera fase empezaron a caer. Eso solo podía significar una cosa: el cohete secundario estaba encendiéndose de nuevo.

—Inyección translunar —susurró Tessa—. Van a la luna.

—¿Quiénes? —preguntó Rick. Hasta el momento, la telemetría no había indicado que en la nave hubiera algún pasajero vivo (o fantasma) en el módulo de mando.

—Tiene que ser Neil —afirmó Tessa—. Y quién sabe quién más va con él.

—Neil está en un ataúd en el Cementerio de Arlington —dijo Rick—, yo mismo vi cómo lo enterraban.

—Y también viste el despegue de esta mañana —le recordó Tessa—. Si ese despegue ha sido posible, ¿no podría ser también posible que Neil estuviera a bordo?

—Es un buen punto de vista —dijo Rick mientras se encogía de hombros. Todos los astronautas fallecidos, empezando por Gagarin podían estar metidos en el misterio. Aquella extraña manifestación era algo completamente nuevo; nadie conocía aún las normas.

* * *

Hubo suficiente gente que declaró haberlo visto. Aparecieron videntes de la nada en los días siguientes para dar su propia interpretación del suceso. La NASA tuvo que cerrar las puertas y colocar vigilancia alrededor del centro espacial para evitar una invasión de místicos curiosos, pero eso

solo alimentó las especulaciones de que allí se estaba desarrollando un vehículo espacial súpersecreto a costa de los impuestos de los ciudadanos.

La administración trató de permanecer en silencio, pero cuando las cosas llegaron a límites insospechados tuvieron que admitir que los chiflados estaban más cerca de la verdad que las personas que trataban de develar una situación ilegal. En una cuidadosamente redactada nota de prensa, el Relaciones Públicas de la NASA dijo:

—Lo que pareció ser el cohete *Saturno V* despegó de la abandonada plataforma de lanzamiento 34. Este supuesto despegue no estuvo autorizado por la NASA, ni forma parte de un programa espacial del que la NASA esté informada. Se está realizando una profunda investigación acerca de este incidente y todo lo que descubramos se hará público en cuanto sepamos lo que sucedió realmente.

Eso era la expresión burocrática para decir: «Nosotros tampoco tenemos ni idea de lo que ha pasado». Rick pasó días con el equipo de investigación, contando su historia una y otra vez (y asegurándose de decir «parecía» en los momentos adecuados), tantas veces que al final la recitaba en sueños. Examinaron la plataforma de lanzamiento y no encontraron rastros de que allí se hubiese producido un despegue. Lo único que podían hacer era escuchar la telemetría que les llegaba de la nave y especular.

Tres días después del lanzamiento, el fantasma *Apolo* entró en órbita lunar. Unas horas después de aquello, el módulo lunar se separó del módulo de mando y descendió hasta la superficie. No se dirigía al Mar de la Tranquilidad, sino que parecía estar aterrizando en Copérnico, uno de los lugares que se habían propuesto para futuras misiones *Apolo* antes de que las tres últimas se cancelaran. Pero cuando alcanzó los quinientos pies, la telemetría terminó de golpe.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Dale Jackson, el improvisado director de la misión. Estaba de pie